

La calle
Diario de un espectador
Viajes con mi tío
por miguel ángel granados chapa

para el viernes 10 de octubre de 2008

Alberto Isaac fue un hombre polifacético. En ciertos ambientes era conocido por su destreza deportiva: como veloz nadador, se le llamaba La flecha de Colima. En otros ámbitos sobresalía su talento cinematográfico. No hizo muchas películas pero El rincón de las vírgenes hubiera justificado su carrera. Y era también un agudo caricaturista, que publicaba sus cartones en la antigua Cadena García Valseca, hoy Organización editorial mexicana, que publica “los soles” en casi todo el país. En este último oficio se equiparaba con Abel Quezada, con quien tenía algún parentesco: no recordamos ahora si eran cuñados o concuños, pero ejercían su vínculo como lo muestra indirectamente el siguiente relato de Claudio Isaac, el también polifacético hijo de Alberto, dueño también de diversos talentos.

En el número 37 de la sección de cultura de la revista Este País, que comentamos ayer porque incluye, en una celebración muy rumbosa de su tercer aniversario, un cuaderno inédito de dibujos de Quesada, Claudio Isaac narra estos Viajes con mi tío:

“A mediados de los años setenta acompañé a Abel Quezada en un viaje de auto desde Londres hasta Madrid. Según me había anunciado él con anticipación, recorreríamos la costa francesa hasta llegar a San Sebastián. En Francia, la ruta carretera nos la pautaría la guía Michelin e iríamos parando en los restaurantes más recomendados por esta célebre nómina de lo mejor de la gastronomía. He de confesar que el tercer día ya nos dedicábamos más a ver los platillos en el menú que a comerlos, pero no dejábamos de detenernos en nuestro camino, visitando los establecimientos que tuvieran una o más estrellas concedidas por la guía. Para demostrarme qué tan importante era la jerarquización de Michelin, Abel me contó una anécdota del restaurantero francés que se había suicidado como consecuencia de que la publicación de ese año lo hubiera degradado, quitándole una estrella a su negocio y dejándolo con dos. Recién referido este trágico episodio, cruzamos la frontera con España y al llegar a una gasolinera descubrimos un local inmundo, *La tasca de Pepín*, que con descaro ostentaba cinco estrellas en su marquesina. La gran cachaza de Pepín nos causó una carcajada interminable que no paró hasta que llegamos al restaurante de Las Pocholas en Pamplona. Según la leyenda, el lugar, oficialmente llamado El hostel del Rey Noble, era frecuentado por Ernest Hemingway. Abel era un entusiasta confeso de Hemingway; por mi lado asevero que lo era no sólo por sus dotes de cuentista eficaz e innovador del género, sino por sus rasgos de hombre de acción, del mundo real. Conviene aclarar aquí que, aunque Quezada fue amigo de muchos escritores, en el fondo de su corazón latía una vena decididamente anti-intelectual. Habiendo sido desde cazador de conejos hasta perforador de petróleo, estos seres que dicen ocuparse exclusivamente de lo que les pasa por la cabeza le parecían unos ociosos e inútiles, y le irritaban su sedentarismo y su blandura. Hemingway se escapaba de tal clasificación porque le gustaba boxear y cazar, se burlaba de la sensibilidad de Fitzgerald, era macho y bravucón, su personalidad reunía tantas de las condiciones por las que hoy lo desdeña la corriente que abandera lo *políticamente correcto*.

El plato de trucha a la Navarra (con tocino y jamón serrano) ofrecido por las Pocholas —el trío de hermanas Guerendian, enlutadas, de perfil idéntico; no confundir con las Pecanins— nos obligó a pernoctar en la misma Pamplona. Viajamos al otro día y a Madrid llegamos de noche: yo me hospedé en el hotel Suecia, pequeño y céntrico y cercano al Palace, en cuyo famoso bar me había citado Abel al mediodía siguiente, continuando con los pasos del viejo Ernest”.